

Es una ascua su mirada
Que lanza destellos rojos.

Blancos, pulidos, iguales,
Son sus diminutos dientes,
Como perlas orientales
Ocultas en los corales
De sus labios sonrientes.

Es de alabastro su seno...
Mas tanta hermosura arredra;
Porque su lengua es veneno,
Y su corazón es cieno,
Como su belleza es piedra.

ALBUM
DE
POESIAS VARIAS

MELODIA
OBSEQUIO A LA SEÑORITA

EUGENIA J. DE LA VEGA

Sobre el papel en que leía el canto
Una lágrima ardiente resbaló,
Y cuantas notas encontró a su paso
La lágrima borró.

Temblaba conmovida su garganta
Al emitir la melodiosa voz,
Y el viento se llevaba entre las alas
Su lánguida canción.

Yo escuchaba perderse los sonidos
Que el éter en sus ondas extendió,
Pero el eco quedó en el pecho mío
Repercutiendo siempre su aflicción;
Miraba de las notas el naufragio
En el mar que su párpado vertió,
Pero las notas que extinguió aquel llanto
Las canta de memoria el corazón.

1884.

EN EL CEMENTERIO

Era rubia, su frente alabastrina
 Merecía llevar una corona,
 Y era suave el fulgor de su pupila
 Como el brillo apacible de la aurora.

Una vez sola sus hermosos ojos
 Posaron en los míos su mirada,
 Una vez nada más, y todavía
 Alumbran las tinieblas de mi alma.

Fué en el triste recinto de los muertos
 Donde la ví vagando, sola, muda;
 Pero risueña, plácida, tranquila,
 Como si fuera el ángel de las tumbas.

Algo de extraño, vago y misterioso
 Había de sus ojos en la llama . . .
 No la he vuelto a encontrar desde quel día . . .
 ¿Me habré yo enamorado de un fantasma?

1884.

BRINDIS

(A LOS 34 AÑOS)

“Edeamus, bibamus cras enim muriemur.”

Casi ninguno de los que hacen versos,
 Siquiera sea un vate de plazuela,
 Habrá que en tono y término diversos,
 No se queje de ver pasar los años
 Llevándose en montón las ilusiones,
 Y en su lugar dejando decepciones,
 Amarguras, dolor y desengaños.

Espronceda miraba sus “cabellos
 “Que canos se teñían,
 “Pensando que ya nunca volverían
 “Hermosas manos a jugar con ellos.”
 Y daba adiós eterno a los placeres,
 “Al bronco son de su cansada lira”,
 Porque ya no escuchaba a las mujeres
 De “boca regalada
 Siquiera una dulcísima mentira”
 Con su “mágico aliento” embalsamada

Don Manuel del Palacio
 No llora "las arrugas de su frente"
 Ni le "estremece la indiscreta cana."
 Sino "la fé que el corazón no siente"
 Y los ensueños de su "edad lozana".
 Halla su "bien" trocado en "humo vano"
 Y se queja su "espíritu cobarde,"
 De que "para morir aún es temprano
 Y para ser dichoso acaso es tarde."

Núñez de Arce "derrama su memoria"
 De su vida en el "ancho panorama"
 Y de su fé la llama
 Se apaga con el viento de su historia,
 Sólo de ruinas ve sembrado el suelo,
 Y su "razón atea,"
 Armada con el dardo de la idea,
 Al mismo Dios quiere "arrojar del cielo."

Peza se pone un "antifaz de risa"
 Disfrazando las lágrimas y el duelo,
 Y "abrojos solo pisa"
 Cruzando resignado, "tan aprisa"
 Como puede pasar por este suelo.

Si estos señores, cuyo nombre ilustre
 Se aplaude en la tribuna y el teatro,
 Lloraban tan amargos desengaños
 Cuando tenían solo los treinta años,
 ¿Qué diré yo, que peino treinta y cuatro
 Y a quién gloria y aplausos son extraños?
 Me diréis que me calle, y muy bien dicho;
 Pero es el caso que me da la gana
 De dejar a mi musa charlatana
 Que se salga una vez con su capricho;

Y no para quejarme,
 Pues estoy tan contento con mi suerte
 Como el que tiene una peseta fuerte
 Para pasar el venidero día
 Y en la tarde le cae la lotería.

Mi juventud se va. ¡Lleve buen viaje!
 ¿De qué sirven sus glorias que se apagan
 Con tanta rapidez como un reflejo?
 Ya los goces del joven me empalagan
 Y a saborear empiezo los del viejo.

Que las bellas ingratas no me miran
 Como otras veces con amantes ojos,
 Ni al acercarme tímidas suspiran,
 Ni al alejarme muestran sus enojos;
 Bien está, no me extraña que así sea
 Puesto que están para mi amor difuntas:
 Ni me hace falta, tengo yo una fea
 Que vale mucho más que todas juntas.
 Nuestro cariño que del alma nace,
 Y con sus propios elementos crece,
 Con su mismo placer se satisface,
 Y ni mengua jamás, ni se envejece.

Que no deseo palmas ni laureles,
 Ni los demás mentidos oropeles
 Con que la Gloria incita
 A la falange que se precipita
 Demandando con ansia sus favores;
 También es natural, yo soy pequeño
 Y no puedo aspirar a los honores
 Que hasta en los grandes la fortuna trunca,
 Y fuera en mí lograrlos vano empeño:

Por este lado, ni durante el sueño
 El activo Luzbel me tentó nunca.
 ¡Perder la fé, decir que Dios no existe!
 Yo no llamo razón a esos dislates,
 Y derecho ninguno nos asiste
 Para hacer semejantes disparates
 Porque tengamos unos cuantos años.
 Yo no creo en el Dios que con engaños
 Nos imponen los padres capuchinos,
 La infalibilidad del Santo Papa
 Y otro cúmulo atroz de desatinos
 Que al caletre más listo se le escapa;
 Pero soy más cristiano que San Pedro;
 Pues él negó al maestro por tres veces
 Y yo jamás me arredro,
 Ni mis creencias ante el mundo callo,
 Porque no temo que me cante el gallo.

Al carnaval constante de la vida
 Yo no concuro con careta alegre,
 La risa de mis labios no es fingida,
 Ni irónica, ni mal intencionada:
 Es una pura y simple carcajada,
 Estrepitosa, pero alegre y franca
 Que la farsante sociedad me arranca.

Lo único, señores, que me apura
 Al encontrarme ya en edad madura,
 Es no tener un poco de dinero,
 Para hacer el papel de caballero
 Que es el más fácil en la farsa humana;
 Mas no hay inconveniente sin ventaja:
 Si no soy rico, en cambio
 No necesito hacer cuentas de caja;

Y cuando tengo en el bolsillo un peso
 Con que beber al lado de un amigo,
 Comparado conmigo,
 Encuentro miserable al mismo Creso.

Bebamos, pues, señores, y dejemos
 Que pase el tiempo y que la bola ruede,
 Porque el primero nunca retrocede
 Y parar a la otra no podemos,
 Dejemos de pensar en desatinos;
 Si hay infierno y edén, ya lo sabremos;
 Y como los valientes girondinos,
 Del mundo las miserias olvidemos,
 Choquemos nuestras copas y digamos:
 "Comamos y bebamos
 Porque quizá mañana moriremos."

1885.

FLORES DEL ALMA

Como se entreabren las flores
A la luz de la mañana,
El niño en edad temprana
Abre su alma al placer;
Y se despierta inocente
En sus labios la sonrisa
Como la luz indecisa
Del alba al amanecer.

En el fecundo arbusto de su alma
Van surgiendo a millares los botones
De las flores de amor, las ilusiones
De la dichosa época infantil;
Mecidos por la brisa del deseo,
Besados por la luz de la esperanza,
El curso lento de su vida avanza
En medio de las galas del pensil.

Rompen las hojas su cárcel,
Y van surgiendo corolas
En pequeñísimas olas
De seda, nácar y miel.

Vida y calor en el cáliz
La juventud atesora,
Y llueve perlas la aurora
Para verterlas en él.

El cielo de la fé refleja en ellas
Las luces del cariño y la ternura,
La fuente del candor suave murmura
A sus pies una mística canción.

Y las flores purísimas del alma,
En todo su esplendor y lozanía,
Viven gozando de un constante día
Que alumbra el dulce sol de la pasión.

Mas pasan como relámpagos
Las horas de la alegría;
En noche se torna el día,
En sombra su esplendidez.

La primavera en invierno,
Las brisas en aquilones,
En lamentos las canciones,
La juventud en vejez.

Las verdes hojas del lozano arbusto
Se vuelven amarillas, se desprenden,
Y abandonadas el espacio hienden
A merced del indómito aquilón.

Las ráfagas heladas de los años
Toda esperanza de calor les quitan,
Y las flores del alma se marchitan
Con el hielo mortal de la razón.

1885.

SIMIL

AL SR. NICOLAS LAZO DE LA VEGA.

Estudiando las conchas se ha encontrado
Que las perlas riquísimas de Oriente
No son más que tumores de las ostras
Que poco a poco en sus entrañas crecen.

Y sin pensar el hombre en los dolores
Del molusco que criándolas perece,
Hace con ellas elegantes joyas
Para adornar de la mujer las sienes.

Y la mujer por vanidad las compra,
Y el agiotista por medrar las vende,
Mientras la pobre concha abandonada
Allá en la playa, solitaria muere.

Los versos son como las perlas: llagas,
Tumefacciones de enfermiza mente,
Que del poeta la existencia minan
Y cruel veneno en sus entrañas vierten;

El editor para medrar los compra
Viendo sólo la cuenta que le tiene,
Y encuadernados en lujosos libros
Como vil mercancía los expende;

O enriquecen el álbum de una hermosa,
Que acaso ni siquiera los comprende,
Mientras el loco, solo y miserable,
En un rincón de su tugurio muere.

1885.

LO QUE YO QUISIERA

Una pradera donde las brisas
 Batan sus alas de etéreo tul,
 Donde las flores sientan los besos
 De fecundante, perenne luz,
 Donde arroyuelos mansos, callados,
 Arrastren lánguidos su linfa azul
 A un lago dulce de blancas olas
 Que se columpien con lentitud.
 Junto a la margen una casita
 De limpio aspecto, que entre el capuz
 De enredaderas y madre selvas
 Sus blancos muros enseñe adur,
 Y dentro de ella ¿qué te figuras
 Que yo quisiera tener aún?

Muy buena mesa, muy buena cama,
 Mucho dinero y mucha salud.

1886.

UN DRAMA
 DE LA VIDA REAL

El era joven, ella muy hermosa:
 Se amaban con pasión,
 Y una existencia al parecer dichosa
 Se pasaban los dos.

El, una tarde, un tósigo terrible
 Tomó, al ponerse el sol,
 Y otro día su cuerpo ya insensible
 Llevamos al panteón.

Ocho días más tarde, ella corría
 En alas del vapor,
 Tal vez huyendo de su pena impía
 Hacia ignota región.

Las gentes comentaron de mil modos,
 Todos cual peor,
 La causa del suceso; pero todos
 Ignoran la razón.

Ya lo olvidó la multitud curiosa:
 Sólo un amigo y yo
 Clavamos una cruz junto a una fosa
 Hoy al ponerse el sol.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

CREPUSCULO

A mi amigo Valentín Ramírez.

¡Que triste está la tierra! El sol que dora
 Las nubes de la tarde en el ocaso
 Su luz hundió en el piélago infinito,
 Y el horizonte su reflejo pálido
 Conserva apenas, adornando el cielo
 Con una franja de color violáceo.
 Las aves vuelven a buscar su nido
 Con vuelo melancólico y callado,
 Y las auras susurran tristemente
 Agitando las hojas de los cardos.
 Las luciérnagas brillan, y sus luces,
 Que se ocultan y muestran a intervalos,
 Sirven tan sólo para hacer más negra
 La obscuridad del fondo de los prados,
 Donde vuelan marcando algunos puntos
 Con fulgores extraños y fantásticos.
 Entre los claros que las nubes dejan
 Comienzan a brillar algunos astros
 Con esa luz que arrojan sus pupilas
 Cuando tiene los ojos entornados,
 Y tiembla en ellos lágrima furtiva
 Que pugna por rodarse de los párpados.

La noche va tendiendo sobre el suelo
 Su misterioso e impalpable manto,
 Tejido por la mano del silencio
 Para velar el sueño del descanso.
 Todo empieza a perder en las tinieblas
 Las líneas del contorno, y deformando
 Van su perfil variado los objetos,
 Cual los recuerdos del placer pasado
 Que las sombras ingratas del olvido
 Del alma dolorida van borrando.

Sobre mi espíritu también la noche
 Ha dejado caer su negro manto:
 La tristeza es la noche de las almas,
 Y la pobre alma mía está llorando.
 Las ilusiones que albergado había
 En mi cerebro soñador, volaron,
 Tal vez del frío del dolor heridas,
 Otro nido mejor quizá buscando.
 Se escapan de mi pecho los suspiros,
 Y al pasar susurrando entre mis labios,
 Hacen un ruido sollozante y tenue,
 Como el viento en las hojas de los cardos.
 Mis esperanzas débiles que brillan
 Cual lucen los cocuyos en el prado,
 Tan sólo sirven para hacer más negra
 La densa obscuridad del desengaño.

¡Todo ha concluído! El día de mi dicha
 Vió perderse la luz en el ocaso:
 De sus ojos los soles esplendentes
 Están otras regiones alumbrando.

1893.

LOS GUANTES

Volví del baile en un coche,
Me descalcé en dos instantes,
Y arrojé mi par de guantes
Sobre la mesa de noche.

Estando ya desvestido
Soplé a la vela la llama,
Y apenas caí en la cama
Cuando ya estaba dormido.

Los recuerdos palpitantes
Del baile soñar me hicieron,
Sin duda, que se pusieron
A conversar los dos guantes.

Al de la mano derecha
El de la izquierda decía:
Creo sentir todavía
Una mano que me estrecha,

Mórbida, leve, hoyulada,
Suave como el terciopelo,
Tersa cual sereno cielo,
Blanca, tibia y perfumada.

Y el compañero añadía:
Aún toco la curvatura
De aquella esbelta cintura
Que Venus envidiaría.

Al compás de la habanera,
Que el alma a inflamar coadyuva,
Se cimbrea como en Cuba
Se columpia la palmera.

Acaricié con pasión
Tan bella y valiosa alhaja,
Y abusé de la ventaja
De mi buena posición.

El izquierdo dijo: hermano,
Mayor mi ventaja fué:
Tú tocaste su corsé
Y yo acaricié su mano.

Al talle la ropa escuda
Y nada la mano cuida:
Para tí estaba vestida,
Para mí estaba desnuda.
—Has dicho una necedad.

—Y tú me haces un insulto.
—Lo sostengo, eres estulto,
Te ciega la vanidad.
—Mientes, eso es un absurdo.
—Nos saldremos a batir.
—No lo puedo consentir,
Tú eres manco.
—Y tú eres zurdo.
Así están equilibradas
Nuestras fuerzas.

—Pues me allano,
Cada cual con una mano
Nos daremos de guantadas.

Cuando vine a despertar
Ví que no estaban los guantes
En la mesa: estos tunantes.
Pensé, se han ido a pelear,

Llamé, vino con premura
Mi criado y le pregunté:
Y mis guantes?

—Los eché
Muy temprano en la basura,
Como tan sucios venían
Como estaban tan usados,
Tan rotos y tan ajados,
Creí que ya no servían.

* * *

Yo me he llegado a encontrar
Con muchísimos amantes
Parecidos a mis guantes
En la manera de obrar:

Se acercan a una hermosura
Que ni los mira, y más tarde,
De su amor haciendo alarde,
Se batén... en la basura.

1886.

UN DRAMA

La noche oscura y nublada;
El reloj da un golpe seco,
Y el aire repite el eco
De una primer campanada.

Son las doce; un embozado
Aparece en una esquina,
Y en una acera vecina
Otro se encuentra emboscado.

Quién va? —pregunta el oculto,
Quién va? —contesta el primero,
Y desnudando el acero
Ambos se buscan el bulto.
Atácanse bruscamente
Con valor y desparpajo,
Y entre un mandoble y un tajo,
Se oye el diálogo siguiente.

—Me odias acaso?

—No

—Y quieres que muera;

—Sí,

Porque he de matarte a tí
Para poder vivir yo.

Hiere, por fin, una espada,
Y se escucha un golpe seco
Confundido con el eco
De la sexta campanada.

De un farolillo encendido
A la luz triste y escasa,
Un viejecito que pasa
Descubre el cuerpo tendido

Y el herido dijo: anciano,
Escuche mi confesión
Y otórgueme su perdón:
Muero a manos de mi hermano.

A un hermano asesiné
Y otro hermano me mató,
El anciano así exclamó:
Yo mi perdón te daré.

Que ya estoy acostumbrado
A tamaños desvaríos:
Ochenta y seis hijos míos
Uno a otro se han matado.

Te hiere con mano aleve
El ochenta y seis a tí;
Me matará el cien a mí:
Soy el siglo diez y nueve.

Siguió la noche nublada,
Y allá en el peñasco hueco
Se repite aún el eco
De la postrer campanada.

EL ARROYO Y LA ROSA

Es la dulce expresión de la poesía
Idioma que habla todo el universo:
Los árboles, las fuentes y las flores,
Las arenas, los mares y los vientos;
Desde el átomo leve, hasta los soles,
Y cuanto tiene de existencia el sello.
Tan solo el hombre que se cree, ¡insensato!
De la creación el ente más perfecto,
Cuenta en su especie algunos individuos
Que ignoran ese idioma por completo.
¡Singular y ridículo contraste!

Yo que no soy ni lo uno ni lo otro,
Hablo el idioma mal, pero lo entiendo,
Y a referirte voy, niña hechicera,
La historia de un romántico arroyuelo
Que él mismo me contó virtiendo lágrimas
Una tarde tristísima de invierno
Y a la luz misteriosa del crepúsculo,
De esta manera poco más o menos.

I

“Junto a la margen que mi curso encauza,
Obligándome a ir al mar corriendo,
Perfumada y gentil nació una rosa